

1

Cárcel de Avilés, primeras sombras de la noche del 16 de noviembre de 1918. Un sujeto con pinta de señorito asoma la cabeza por un boquete practicado en el tejado de la anticuada prisión. Los que le siguen no son de su misma condición social: un puñado de ladrones de baja estofa. El misterioso ideólogo de la fuga se hace llamar, según se le antoja, Antonio Villamil, o Tomás Portolés... Los reclusos han colocado sobre sus camas los colchones y encima de ellos un banco, hasta llegar a tocar el techo. El selecto cerebro de la evasión había detectado que las vigas de madera de la celda estaban reblandecidas a causa de las goteras.

—Esta humedad nos matará o nos salvará —repetía con sorna y ojos brillantes.

Resultó fácil levantar unas tablas y acceder al tejado, desde el que los evadidos se descolgaron anudando las sábanas para que hiciesen el oficio de cuerdas. Según la crónica del *Diario de Avilés*, la distancia entre el extremo del banco que sirvió de punto de apoyo y el barrote del techo indicaba que la persona que alcanzó el tejado era de elevada estatura o un buen gimnasta: de esta manera pudo ayudar al resto de los presos a darse el piro. Fue tan fácil, que hasta los que estaban a dos días de acabar la condena prefirieron acompañar al elegante fugitivo.

Casi un mes después, el 13 de diciembre de 1918, la Jefatura

Superior de Policía transmitía a todas las comisarías españolas una orden extraordinaria de busca y captura del tal Villamil o Portolés.

El 12 de enero, el tal Villamil o Portolés era detenido por los inspectores Haro y Santos, justo en el momento en que adquiriría una localidad en la taquilla del teatro Victoria de Madrid, dedicado a espectáculos «sicalípticos» o subidos de tono.

«El detenido conoce cuatro o cinco idiomas y posee una inteligencia fuera de lo común. Poco antes de llegar a Madrid, todavía tuvo tiempo de proveerse de fondos con otra estafa en Manresa...», anotaron sus captores en el primero de los informes periciales.

Haro y Santos destacaron también su «imaginación volcánica, un desparpajo que congela y una afición a lo ajeno que supera a todas sus otras excepcionales aptitudes».

En el expreso que les llevó a Barcelona los policías tuvieron tiempo de escuchar algunas «hazañas» del detenido. Entre las más espectaculares, esa evasión de la cárcel de Avilés llevándose con él a todos los reclusos. Además de tomar las de Villadiego, nuestro hombre dejó una sarcástica nota al alcaide explicando que se largaba del trullo debido a sus incomodidades: la excesiva humedad del lugar le provocaba reumatismo; justificaba la huida como una medida higiénica para preservar su salud y la de sus colegas de celda.

En la gélida noche barcelonesa, el secretario de policía Hurtado, sentado ante una máquina de escribir, intenta verter en una amarillenta hoja de papel pautada los supuestos datos del detenido. ¿Nombre o nombres? Dice llamarse Antonio Villamil... Pero también se le conoce por Antonio Villaurrutia o Antonio Ramírez de Villaurrutia, o Antonio Ràfols, o Isidro Lozano, o Tomás Portolés, o Francisco Martínez Cañabate, o Francisco Martínez Magro, o Antonio Gador Orduña, o Mario Pickman, Edisson o Harrison —cuando se pone en plan extranjero—, o Antonio Aribau Busset (o Bussé o Bussef), o Antonio Lluçà Bussé, o Fernando Caamaño, o Luis de Guevara, o Danilo de

Somoza, o José María de la Cuesta... ¿Y qué tal Orlando de la Riva?...

El comisario Castellanos hace ya un buen rato que perdió la paciencia.

—De lo que podemos estar un poco seguros es de que te llamas Antonio... Lo demás es puro cachondeo, como la revista que ibas a ver cuando te echamos el guante, pedazo de haragán... Tú sigue dando nombres que yo me voy a acordar de todos tus muertos. —Y a continuación—: Hurtado, no se duerma y páseme la ficha...

Hurtado, el hombre de la máquina de escribir, canta como un niño de San Ildefonso:

—Edad aproximada, treinta años; estatura, uno setenta y cinco; complexión delgada; cara y nariz alargadas, ojos claros como el cabello tirando a trigueño, aunque escaso; frente amplia, bigote recortado a la moda. Destacar varios lunares carnosos: dos en la sien derecha, otro sobre la ceja derecha, otro en la mejilla izquierda y otro más debajo de la oreja derecha... Con tanto lunar no es extraño que se comporte como un lunático... —apostilla bromista.

—No tenemos bastante con el estafador de los mil nombres, sólo falta que usted se haga el gracioso —rezonga indignado Castellanos—. No estamos para chistes, prosiga con la información recabada hasta el momento.

—Disculpe, señor comisario, era sólo para desdramatizar el ambiente... Prosigo. Quienes le conocen o, mejor dicho, han pasado por la experiencia de ser estafados por él, aseguran que siempre viste con elegancia y cuando se disfraza lo hace con categoría: se ha disfrazado de obispo, de militar, con la indumentaria de las órdenes aristocráticas... Se le contabilizan siete matrimonios, seguramente simulados pero lo suficientemente creíbles para sacarles el dinero a sus esposas y suegros respectivos. Es políglota: castellano, catalán, francés, alemán, italiano, inglés, portugués y él dice que también el esperanto y el caló...

—Ya, ya. Es muy políglota, ya —masculla el comisario.

—¿Prosigo?

—No tenemos toda la noche. ¿A qué espera? ¡Acabe de una vez!

—En estos momentos está reclamado por los juzgados de Aoiz (Navarra), Avilés (Oviedo)...

—Ya me sé las provincias. Aprobé Geografía. ¡Acabe, por Dios, Hurtado!

—... Y Valladolid, Guadalajara y Alcalá de Henares...

—¿Qué más?

—¿Lo de Avilés?

—Lo de Avilés.

Hurtado lee de carrerilla:

—«El pasado 16 de noviembre, Villamil se fugó de la prisión de Avilés y se llevó con él a todos los presos...» Como el flautista de Hamelin.

Hurtado levanta la vista y la cruza con el comisario. No hará más bromas.

—He mencionado lo del flautista porque todos son unas ratas de la delincuencia... —se disculpa.

—Sí, hombre, sí. Ahora disimule sus chascarrillos...

—Acabo. «En el momento de la detención se le encontraron seiscientas pesetas; cheques bancarios de ciudades diversas; dos kilométricos a nombres distintos, en uno aparecía solo y en el otro, con una mujer...» ¿Leo la carta que remitió desde Madrid?

—Metidos en esta comedia de enredo y como aquí todo nos lo tomamos a chacota, no viene de un chiste más. Lea.

—Pues se la envió con muy buena letra al letrado querellante con el encargo de que se la pasara a su abogado defensor con fecha de 18 de noviembre, o sea, cuarenta y ocho horas después de darse el piro. ¿Se la leo?

Impaciente, el comisario arranca la misiva de las manos de Hurtado.

—Ya la leo yo solito.

Sr. Don Horacio Mera

Muy señor mío:

Le ruego se sirva presentar mis excusas al señor Díaz. Estuve esperándoles dos o tres días y habría sido, como usted comprenderá, tonto de capirote si no hubiese aprovechado la ocasión ausentándome de Avilés.

Dentro de media hora salgo para Barcelona.

Le ruego también me guarde unos números de *La Voz*. Ya le diré dónde fijo mi residencia.

ANTONIO

Mientras el comisario lee, Hurtado esboza una sonrisa de conejo.

—Ríase, ríase... Todo son risas esta noche. Que pase el rey de la comedia.

El presunto Antonio Villamil se acerca esposado y flanqueado por dos agentes.

—Le vamos a tomar la filiación —le susurra Hurtado.

El estafador se sienta con cara de póquer y sin decir palabra. Después de darse una vuelta en torno al detenido, el comisario enciende un pitillo y comienza el interrogatorio.

—¿Cómo se llama usted? Y ahora no me recite veinte nombres...

—Cualquiera de los nombres que ustedes conocen...

—Ya empezamos. No perdamos la paciencia. ¡Eso no puede ser! ¡Usted me ha de dar un nombre, uno solo! ¡Tiene la obligación de comunicarlo a la autoridad! Quiero escuchar su nombre, ¡el suyo, coño!

—¿El mío? Bueno, pues pongan ustedes Eladio Murga... ¿No le parece sonoro?

—¿Segundo apellido?

—¡Ah! Es verdad, hay que decir un segundo... apellido. Pues... ponga López. Como segundo ya está bien.

El comisario se mete las manos en los bolsillos antes de que se lancen al cuello del hombre sin nombre.

—¿Edad?

—Veintiocho años. ¿Me los ponía usted o parezco más joven?

—Me importa un pepino si usted parece más joven o es Matusalén en persona, ya sabemos que se disfraza de mil maneras...
¿Lugar de nacimiento?

—¡Caramba! ¿Dónde habré nacido yo? ¡Ah, sí! Me parece que en Sacedón, provincia de Guadalajara, bien cerquita de Madrid. ¿No lo nota por el acento de Sacedón?

—Si en Sacedón hablasen catalán, lo notaría. ¿Me toma usted por imbécil? ¿Sus padres?

—Mis padres bien, gracias.

—¡Que me diga cómo se llaman!

—¿Resulta evidente no? Romualdo y Romualda.

—¿Se cree que nos chupamos el dedo, tío listo? ¡Profesión!

—A su edad... chuparse el dedo no quedaría muy bien...
¿Profesión? Si he venido de Avilés a Madrid, pues está bien claro: turista.

—¿Residencia habitual?

—Mi patria es el mundo. Perezco por viajar...

El comisario aplasta el cigarro en el cenicero y se aparta del detenido.

—Nos espera una novecita larga. Hurtado proceda: dactilografía, retrato...

El secretario de policía completa la ficha y la relee por enésima vez:

Villamil, o como se llame, es joven, alto, rubio, atractivo aunque con varias verrugas en el rostro. En el momento de su detención vestía americana, terno negro, de buen corte y llamante; lleva botines de chancho de charol y caña gris; camisa violeta clara y corbata de punto azul con lunares amarillos. Del

bolsillo izquierdo de la americana asomaban unos guantes oscuros. Portaba bastón y un paraguas de seda, con varillaje de marfil y sombrero de terciopelo. Cuando lo esposaron se dio una palmada en la frente y recordó a los policías que desde primera hora tenía alquilado un coche por 65 pesetas y el cochero debía estar invocando a todos los diablos cansado de esperar en la calle Sevilla...

El detenido levanta la mano.

—Señor comisario.

—Si no va a contar nada relevante, mejor cálese...

—Es importante...

—Diga.

—El informe menciona un paraguas y un bastón...

—Sí, eso dice... ¿y qué pasa?

—Querría que le enviase el juego de bastón y paraguas (los dos son de la misma marca) al portero del hotel donde me alojaba: estoy convencido de que fue él quien me descubrió y no ustedes...

El comisario monta en cólera.

—¿Ha oído, Hurtado? ¡Que se lo lleven antes de que utilice los métodos de mi colega Bravo Portillo!

Castellanos se aproxima al detenido con el puño cerrado y amenazante.

—¡Que lo encierren en la Modelo...! ¡Ya mismo! ¡No quiero verlo ni un minuto más!

Los dos guardias arrancan de la silla al detenido.

—Ciento nueve timos... —musita el comisario con un tono que no se sabe si es de sorpresa o admiración. Luego abre la puerta de la comisaría y se dirige a los reporteros que siguen el caso, estilográfica en mano.

»Muy buenas, señores —saluda Castellanos—. Sólo sabemos que no se llama Villamil, sino Tomás Portolés Grau. Él suele decir que ha nacido en Calanda, pero creemos que es catalán... Según su versión, de niño marchó a La Habana, bajo la

protección de un tío suyo que ahora reside en Zaragoza. El tío le proporcionó una buena suma de dinero para que recibiera una educación esmerada y él se lo gastó en una mulata cubana...

—Algún día encontraré a un periodista al que contarle mi vida... —susurra el detenido a uno de los reporteros, antes de que lo metan en el coche celular...

2

En la Modelo. Allí estaba yo, Ángel de Lajusticia. Era mi nombre de guerra en los folletos de agitación anarcosindicalista. La «gimnasia revolucionaria» tiene esas cosas. Un día acabas en chirona.

O sea que, resumiendo, aquel enero de 1919 fui a dar con mis doloridos huesos en la cárcel, tras una concienzuda paliza con toallas mojadas en la comisaría de Atarazanas; el comisario Bravo Portillo pretendía que delatara a otros camaradas de la huelga de La Canadiense... Aquellos días, las Tres Chimeneas de la fábrica de electricidad del Paralelo habían dejado de exhalar bocanadas de humo. Me lanzaron a empellones en la celda bajo las penumbras de la tarde. No noté mucho cambio: el trullo estaba en tinieblas, como toda Barcelona. Con las manos apoyadas en el suelo pringoso, levanté la vista. En un rincón, junto al ventanuco que dejaba pasar una luz mortecina, se perfilaba la silueta de mi compañero de cárcel. Sentí vergüenza de mis harapos hediondos. Me incorporé con ímprobo esfuerzo y un rumor de huesos que no quería corresponder a las órdenes de mi cerebro.

Frente a mí había un hombre más o menos de mi edad, al borde de la treintena. Vestía traje oscuro, camisa a rayas de buena confección que no hace mucho debía de adornar una corbata. El pelo castaño claro, tal vez por los efectos de la brillantina,